

¿Quién eres tu, de dónde vienes?¹

Simone Charasson - Valantin

Toda cultura propone un conjunto de disposiciones para marcar la separación entre la madre y el bebé, y al mismo tiempo para reconstruir una totalidad cuando han tenido lugar rupturas inevitables.

Al término del embarazo, en el momento del nacimiento y comienzo de una vida, hay una abundancia de representaciones colectivas que participan en la reconstrucción de la unidad de los dos cuerpos, el de la madre y el del bebé, pero de tal manera que una diversificación esté allí presente.

Una construcción compuesta de imágenes, de fantasías, de representaciones, se esfuerza en administrar los intercambios del bebé con el mundo, interpretando para él ese mundo. A la madre también se le propone un registro interpretativo de las emociones experimentadas por ella y por el bebé.

En este texto se considerarán algunas de las interpretaciones culturales, habituales entre los Ouoloff, dadas al bebé y a la madre en lo que concierne lo que uno y otra pueden degustar, tocar y oír de aquello que les rodea.

En la cultura Ouoloff,² las primeras palabras que se pronuncian en el nacimiento tienen la reputación de poseer un poder y una eficacia considerables sobre el destino del recién nacido. Sin duda, estas palabras contienen todas las emociones vividas o fantaseadas por el grupo, a propósito del bebé. Aprovechando ritos y ceremonias en reserva en la cultura, y substituyendo prácticamente al cuerpo de la madre, los miembros vivos del linaje del niño, reunidos, viven un momento de intensa confusión bajo un modo festivo. Lo que permite al recién llegado definirse un lugar. Cuando se mira con cuidado, puede uno darse cuenta de que las pesquisas sobre la identidad del bebé, las preguntas que los miembros del grupo le formulan al recién nacido, son indispensables para que este ingrese en la vida y en el cuerpo social. Se enuncian

1 Tomado de *L'Aube des Sens. Les Cahiers du Nouveau-né N° 5*. Ouvrage collectif sur les perceptions sensorielles foetales et néonatales. Ed. Stock. France, 1985. (pp. 135 - 141). Traducido por: María Cristina Tenorio, con autorización de la autora.

2 La experiencia a la cual nos referimos y las observaciones directas a las cuales se hace alusión datan de 1965. Ellas se refieren a madres y a niños de medio modesto, de diferentes barrios suburbanos de Dakar. Sus concepciones y sus representaciones toman elementos tanto del mundo tradicional como del moderno. Sin embargo, en lo que concierne a la maternidad y el niño pequeño es bien evidente que los dos registros se confunden en uno sólo, próximo del tradicional.

luego la trayectoria de su linaje y su recorrido humano, se constituye en ese momento un alianza entre pasado y futuro, extraño y conocido, proyecto y realidad.

En la cultura evocada, en los registros simbólicos más tradicionales, una comparecencia tiene lugar entre el niño, es decir, el que viene de fuera - del mundo de los ancestros y del bosque, de lo desconocido - y aquellos que ya cumplieron actos de dominio y de alianza con ese más allá.

Para realizar este pacto entre el recién llegado y los miembros de su parentela se utilizan técnicas: rituales de protección, de nominación y de presentación.

En las culturas africanas, las ceremonias de presentación del bebé al grupo ceremonia cuyo protocolo conduce a cada uno de los participantes a enunciar su identidad —ocupan un lugar importante en el nacimiento, movilizan una energía considerable y sirven de marco a la relación privada del niño y de la madre, ya que están justificadas por la alteridad supuesta del bebé.

Estos primeros intercambios marcarán, según la tradición, la vida de aquel que acaba de nacer, al establecer una alianza entre los vivientes y el ancestro, del cual el bebé es simbólicamente el heredero.

Ellos reproducen relaciones ya establecidas entre los diferentes miembros del linaje, y proponen un protocolo ya listo que sirve de historia al sujeto, en contrapartida de la parte de extrañeza e inquietud que este nuevo llegado puede traer consigo.

Al bebé se le proponen mensajes para encaminarle por la vía de su identidad. El itinerario del sujeto comienza por una apropiación progresiva de su apellido y de su nombre. En efecto, la cultura administra de manera particular las denominaciones y los discriminadores de identidad. Se sabe, por ejemplo, que el bebé al comienzo de su vida es un ser a quién nadie quiere darle un apellido. Nombre y apellido tan sólo serán pronunciados en su oído al final de la primera semana.

En el momento del bautizo dos nombres son dados simultáneamente al bebé: un nombre secreto conocido tan sólo por el oficiante, y un nombre público; ambos se eligen de acuerdo con la homonimia y la identidad. Llamar al bebé con un nombre preciso equivale a reclamar para él el mismo destino que aquel que ya se conoce, que aquel de quien lo ha llevado y de quien, de manera directa, él va a heredarlo “idénticamente”. Se puede dar un nombre peyorativo o desvalorizador al niño, a fin de alejar de él las envidias de los demás y de los espíritus. Ese nombre también puede recordar ciertas peculiaridades de nacimiento o de linaje. A la escucha del intercambio atributivo entre el grupo y el bebé, de nombres protectores y predictores, se puede pensar que los adultos aseguran una protección todopoderosa sobre el bebé, puesto que las evocaciones peyorativas o exaltantes van más o menos a alejar las malas lenguas y a traer los buenos presagios. Es también la prueba de que los adultos tratan de atribuir al niño un contenido psíquico y físico idéntico al suyo. En su

vida cotidiana, el bebé escucha cantidad de llamados y la interpelación por el nombre puede ser lo esencial de la relación hablada de los adultos al niño. En efecto, en el curso de las primeras semanas la madre lo modula sin cesar en las orejas del bebé; sólo más tarde, a estos llamados se añadirá un comentario — pero solamente cuando el bebé haya dado pruebas de una existencia menos incierta.

La relación de fusión y de comunicación primera en la unidad madre-bebé es intensa. Pero esta unidad original se diferencia, según las culturas observadas, por una variación cuantitativa en la gama de las relaciones posibles. En efecto, las palabras o los gestos de la madre están destinados, cuando son tomados del código simbólico colectivo que funciona en la cultura de la madre, a controlar y a contener la fusión inicial. La madre toca, mira, comenta; ella transforma así los ruidos y los movimientos del bebé en mensajes coherentes. Por su parte, el bebé se identifica, a partir de la red de interpretaciones, a los ruidos y a los silencios que le propone la madre. Se construye así una red de mensajes en ida y vuelta, entre la madre y el bebé.

Esta red es difícil de percibir por un observador exterior puesto que se alimenta de mímicas. Pero las relaciones mutuas entre la madre y el bebé, que habrán sido articuladas la unas con las otras, muestran que los tocamientos, las miradas y los llamados son los procesos privilegiados de simbolización de la relación primera, los que engendrarán ulteriormente otras organizaciones simbólicas.

De entrada, en un primer nivel de observación, se tiene la impresión de una continuidad corporal, de una actividad alimenticia incesante y de una manipulación continua del bebé por parte de la madre. En un segundo nivel, una impresión diferente invade al observador, a saber, que más allá de la abundancia de las intervenciones, lo que se dice, por fuera de los llamados de la madre, es poca cosa, monótono, sin afecto. Así, en su discurso no se reconocen ni provocación, ni proyección, ni comparación, ni seducción.

Este sistema de comunicación que funciona entre la madre y el bebé, cuando están solos y suficientemente cercanos el uno del otro, remite al proyecto final de la comunicación primera, a saber la separación. Ese niño ha sido así reconocido e identificado por la cultura, por aquellos que son testigos de su existencia, como un ser total por aparte. Es sabido que la cultura Ouoloff excluye el conflicto y la rivalidad directa. Ese sistema de mediación va a ponerse en función desde los primeros momentos.

En el nivel más cotidiano, planteándole al bebé de manera incesante preguntas, el adulto, según la posición que ocupa en la familia, le sugiere lo que debe ser. De manera muy explícita él opera el establecimiento de la identidad del niño. El padre interroga al bebé: “¿Quién eres? ¿Qué has hecho?”. La madre guarda el silencio a veces escindido por llamados. La abuela paterna o materna habla al bebé erótica y tiernamente; le promete la riqueza, la virilidad o la fecundidad. Los otros miembros de la parentela se dedican a hacer

bromas sobre sus ignorancias y sus impotencias. Es él quien debe responder a ello desde los primeros días.

Estos juegos se prosiguen bajo un modo interrogativo, hasta la edad en la cual el niño podría responder por sí mismo. Pero, justamente en esa edad su palabra será cuidadosamente controlada o prohibida. Las preguntas le estarán prohibidas.

Poco tiempo después del nacimiento, el cuerpo del bebé y el de su madre son objeto, a puerta cerrada, de cuidados idénticos: el cuerpo de la madre es bañado, masajead, para responder a la imagen que lo concibe abierto y trastornado tras el parto. El cuerpo del bebé es también el objeto de unciones, estiramientos, masajes y toqueteos. El masaje del bebé dura varias semanas. La propia madre de la madre se encarga de la manipulación.

Este doble tratamiento parece necesario para que, por una parte, se opere el cierre y la separación del cuerpo de la madre para la procreación, aparezca para ella la posibilidad de tener otros hijos; por otra parte, para el bebé es preciso que se atenúe el desorden del nacimiento.

Se puede pensar, por lo demás, que la administración y la prolongación de los cuidados recibidos por el bebé, son percibidos por la madre como capaces de asegurar a este, de manera premonitoria, un cuerpo reconocido por otras miradas diferentes a la suya. Lo que confirma que esta relación muy intensa con los cuerpos del bebé y de la madre ha de entenderse como una programación de las diferentes posiciones que madre y niño habrán de tener para alcanzar la separación.

En la gama de las relaciones posibles, el tacto tiene así una importancia considerable. La madre manifiesta continuamente su presencia a nivel de la piel y de los pliegues corporales del bebé. Pellizcos, frotamientos, limpieza de la epidermis, forman un tejido ininterrumpido de estimulaciones. A partir de allí se crea un envoltorio gestual sin trabas, desde los primeros minutos de la vida.

Golpeteos ritmados incoercibles, como pulsaciones, aportan nuevos acabamientos al cuerpo del bebé. A estas estimulaciones sobre la piel, operadas mediante finos contactos, se agregan los cuidados consagrados bajo la forma de abluciones repetidas. El bebé vaciado y limpio, tanto por fuera como por dentro, es una imagen que permite anticipar la satisfacción de este. En efecto, las apariencias del bebé deben obedecer a las representaciones adultas del rostro y del cuerpo humano: los ojos son maquillados, el cráneo rasurado; ninguna suciedad ni mancha pueden ser soportadas por la madre y el bebé.

Al reagrupar algunas representaciones, se sabe en efecto que el agua, los frotamientos de la piel, las abluciones renovadas desde el nacimiento y varias veces al día tienden, en los primeros tiempos, a hacer olvidar el olor del medio uterino en el cual el bebé se halló inmerso.

Además, la mamá recelará el descontento temible de un bebé que no sea bien tratado. La madre debe en efecto acoger todas las expresiones del

cuerpo del bebé como demandas que si no tuvieran satisfacción podrían llevarlo a vengarse y a enfurecerse. Por poco que esto se produzca él podría devolverse al mundo de donde proviene.

En efecto, al bebé se le atribuyen intenciones múltiples y la madre sostiene esas intenciones al detallar y captar el más mínimo movimiento espontáneo del cuerpo del bebé: él puede ser objeto de antojos y tener él mismo antojos, ser malévolos o ser el objeto de una maldad. Se le prestan reivindicaciones que la madre debe apaciguar. Alrededor del cuerpo del bebé se teje así una red de miradas atentas y escudriñadoras: escudriñadoras en apariencia de lo que mínimamente falta al bebé, escudriñadoras de la amenaza expresada por el bebé.

Estas miradas lo confrontan a la figuras que su cuerpo deberá poseer en la cultura... pero también al miedo de la mirada de los demás sobre el bebé. La madre vigila, abiertamente, para mantener una zona de no-contacto entre el bebé y los demás. Un baño de luz, ruidos y olores puede rodearlo. En realidad, el bebé nunca está solo; permanece en medio del lecho parental con un conjunto ritual de objetos protectores puestos junto a sí. Pero si la apertura del niño a los ruidos y efectos diversos resultantes de la presencia de los parientes presentes parece poder ser muy grande, alrededor de él la madre establece un sistema de puesta a distancia a nivel de la mirada. El bebé no puede ser mirado por un extraño. Durante numerosas semanas y meses, nada es tan alarmante para la madre como una mirada demasiado sostenida sobre el bebé, un comentario positivo o un gesto acariciador de un no familiar. El bebé no debe ser tocado, mirado, ni sostenido por otro que no sea la madre o parientes debidamente identificados. Que la madre dé su bebé a un extraño es impensable: ese gesto excepcional y rarísimo significaría que un vínculo se ha establecido, profundo y liberado de angustia, con dicha persona; aunque es preciso corregir ese sentimiento ilusorio de haber entrado en la confianza de la casa, pues ese gesto, si se produce, puede estar simplemente en conformidad con la ley impersonal de la hospitalidad. La mirada de un desconocido sobre el niño será posible más tarde, con precauciones múltiples y una protección absoluta, es decir, el cuerpo de la madre (su espalda) mientras él es cargado. Al tocarlo, escucharlo y mirarlo la madre es a la vez la organizadora del bebé pero también de las relaciones de los demás con él. Ella está allí, refiriendo los hechos del bebé al código de las representaciones que se cruzan en la cultura, y es sólo a ese precio como, a su turno, él podrá tocar, oír y ver.